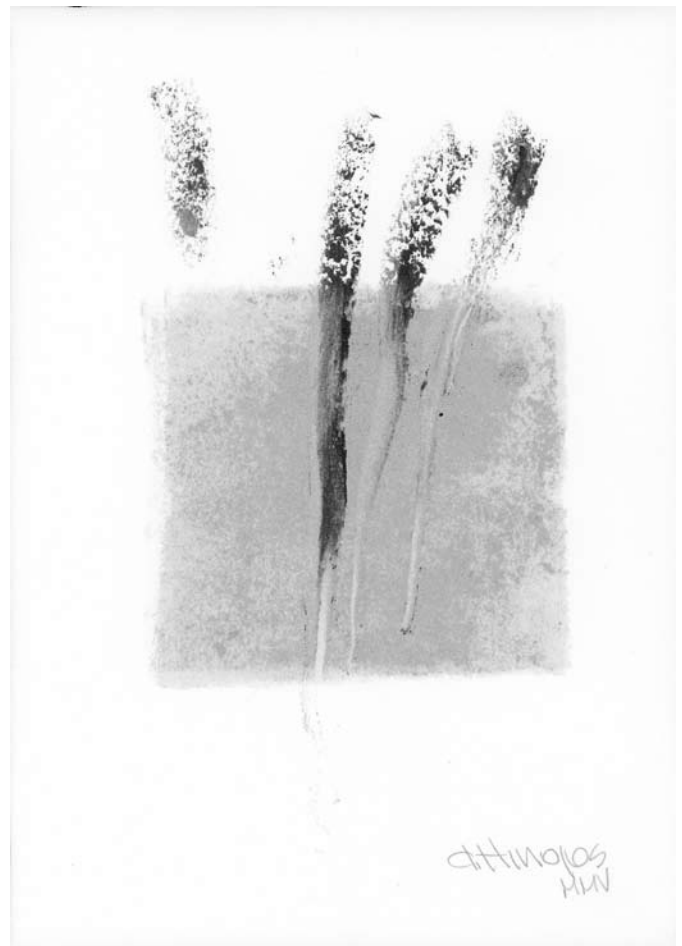


# Severino Salazar: nostalgia del mito

Armando González Torres

ME DA MUCHO GUSTO PARTICIPAR en este homenaje a Severino Salazar. Tuve la fortuna de conocer y disfrutar de una de sus muchas facetas memorables, que era la de contertulio. A lo largo de muchos años coincidimos en los encuentros de amigos en cantinas, donde la voz de Severino, a la vez curiosa, informada y desparpajada, llegaba a marcar, con la autoridad que le daban su inteligencia e ironía, el ritmo y la profundidad de la conversación. En estos encuentros, fuera de la etiqueta ceremoniosa pero lejos, aunque parezca mentira, de la mera ingesta de alcohol, Severino Salazar desplegaba sus dotes intelectuales y lo mismo inyectaba entusiasmo por el libro que estuviera leyendo en el momento, que se prestaba para explicar la etimología de alguna palabra en inglés difícil de traducir o describía con talento de narrador su estancia en algún pueblo perdido de Portugal o participaba, con sorprendente pericia, en un juego de palabras o un albur.

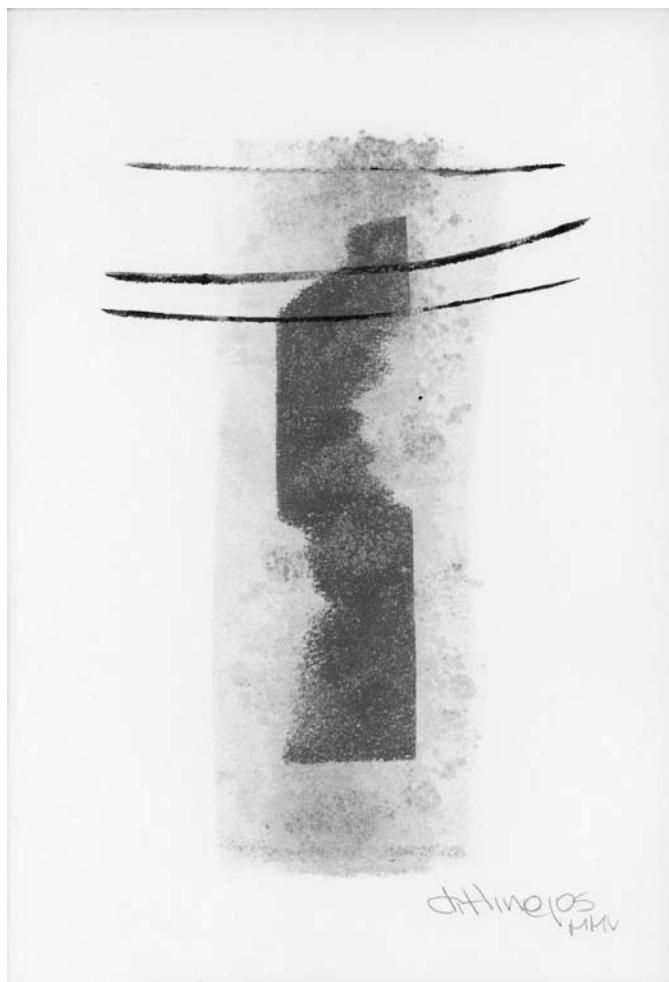
En esa apuesta azarosa que es la vida bohemia y la tertulia, donde uno puede salir sableado, enojado o simplemente aburrido, Severino Salazar era una apuesta segura y siempre que él estaba en la cantina era evidente que la conversación sería más fecunda y animada y mayor el entusiasmo literario y vital con que uno regresa a la calle después de estas sesiones. He comenzado con esta remembranza personal porque en la conversación de Severino Salazar, como es natural en los escritores de raza, se desplegaban muchas claves de su estilo literario. No es que fuera un conversador afectado, todo lo contrario, en la espontaneidad y sencillez con que fluían su generosidad y su erudición se colaban ciertas expresiones verbales, ciertos gestos que sonaban, sabían y olían a pueblo, a plaza de provincia.



Y es que Severino Salazar es uno de los más auténticos representantes de una pequeña constelación de autores mexicanos que, en las últimas décadas, de manera individual han cuestionado la preponderancia de la temática y el lenguaje urbano en la narrativa nacional y han reivindicado la provincia como espacio vital y literario. En particular, Salazar hizo de Tepetongo y Zacatecas, su pueblo y estado natal, una

fuelle inagotable de remembranzas y experiencias de donde surge la materia de sus historias. La evocación del territorio y la arquitectura, las leyendas, las consejas, el habla llena de giros locales y arcaísmos, las supersticiones pueblerinas y hasta el rumor constituyeron la materia polifónica con la que Severino Salazar crea una obra sobria y a la vez osada que abreva en la mejor prosapia de la narrativa de tema rural.

Para Severino la vida en un pueblo, o la nostalgia de la vida en el pueblo, con su desfasamiento del tiempo urbano y global constituye un escenario privilegiado para contraponer las costumbres, creencias y ritmos ancestrales que rigen la vida con los vientos uniformadores de la modernidad. De este modo, la provincia en Salazar no es un lugar geográfico sino una forma de vida que se rige más por los ciclos de la naturaleza y lo sagrado que por el calendario secular. Por eso, muchos de sus personajes, sin perder su espesor y profundidad humana, son también símbolos de un enfrentamiento ubicuo entre formas culturales y concepciones de vida, que a



veces se convierte en el principal conflicto. Recuerdo, como ejemplo de este contraste, un magnífico relato que aparece en sus *Cuentos de navidad* donde una familia reproduce en la azotea de un edificio el hábitat del rancho.

Hay que aclarar que al referirse al elogio de la provincia que hace Salazar no se piensa en un narrador convencional o nostálgico. En realidad Salazar es un autor proclive a la originalidad, que repudia las formas más rentables de la narrativa. Dicha originalidad no se basa en la búsqueda artificial de novedad sino, al contrario, en una auténtica vuelta a los orígenes personales y literarios: por un lado, como ya se ha dicho, Salazar acude a su territorio natal, a su familia, a su habla, a sus paisajes y ciclos originarios y, por el otro, recurre a esas obras paradigmáticas y fundadoras de la imaginación literaria que llamamos los clásicos.

Así, la originalidad de Salazar radica también en su trato consumado con la tradición literaria, un trato de erudito que va desde la asimilación de la novela anglosajona hasta la evocación de la mitología y la tragedia griega, sin olvidar el profundo sentimiento y conocimiento del catolicismo que denotan muchas de sus obras. No es extraño que los personajes y las situaciones de Salazar que aparecen en sus distintas obras tengan un aire clásico y que en muchas ocasiones el autor pretenda reinterpretar y recrear motivos míticos. Porque, frente al derrumbe de valores y la sucesión de modas, Salazar asume la necesidad de volver a los momentos fundadores, recrear las formas del mito y la tragedia y tal vez contribuir, de esa manera, a crear nuevos símbolos unitivos. En especial, en varias de sus obras Severino Salazar ha recreado con particular fortuna el espíritu de la tragedia, ese tránsito irreversible de la prosperidad a la caída que no siempre responde a una causa lógica o justa y que revela nítidamente la fragilidad y naturaleza absurda de la existencia. Mucho queda por aprender y disfrutar de la pertinaz inquisición de Severino Salazar en un territorio fantasmal y olvidado donde pretende encontrar en los individuos comunes y corrientes, en sus vidas e historias sencillas, la pervivencia de los mitos y la materia y el alma de los héroes. •

ARMANDO GONZÁLEZ TORRES es poeta y ensayista. Es autor de los libros de poesía *La conversación ortodoxa*, *La sed de los cadáveres* y *Los días prolijos*.